

La música

Dentro o fuera de la enseñanza

Víctor Pliego de Andrés

Mientras la demanda social de actividades musicales crece a pasos agigantados, nuestros conservatorios, a los que la música ha sido relegada, siguen anclados en una estructura decimonónica, que ha degenerado con el paso de los años. La enseñanza musical en España es un total fracaso. Es totalmente incapaz de difundir y establecer una cultura musical básica y de formar los profesionales que las orquestas y conservatorios necesitan para desarrollarse. Eso sí, entre los músicos no existe el paro cualificado y los títulos de música se cotizan muy alto. Cada uno le cuesta al Estado español unos cincuenta millones de pesetas (!). La rentabilidad social, académica y económica de la enseñanza musical es nula. Las causas son pedagógicas y estructurales. Desde el punto de vista pedagógico los objetivos son tan estrechos como prehistóricos. La enseñanza musical tiene en nuestro país como objetivo principal y exclusivo la formación de instrumentistas geniales.

Al músico se le identifica, para su desgracia, con el virtuoso. Todos los principios educativos se supeditan al talento innato y precoz, como requisito imprescindible para ser músico, dando por sentado que la educación musical se limita esencialmente al instrumento y al solfeo (lectura y escritura musical), que no debería ser sino otro instrumento. A los estudiantes de música se les obliga, por ello, a simultanear, ¡desde los ocho años!, la educación general con un duro entrenamiento instrumental y solfístico altamente competitivo. Vista así, la educación musical es una cosa muy especial que no se adapta al sistema educativo reglado y que, por tanto, se tiene que desarrollar en una estructura marginal y subsidiaria: las clases particulares de instrumento se han de comenzar a temprana edad, y se han de prolongar a lo largo de muchos años de progresivo perfeccionamiento. Como consecuencia de ello, la enseñanza musical es altamente restrictiva, ya que se entiende que no todos tienen el necesario talento, y de esta manera la estructura marginal se corresponde exactamente al carácter supuestamente particular de la enseñanza musical. Sin embargo, esto no funciona. Se obliga a los niños a decidir prematuramente su destino profesional, y debido a la larga duración de los estudios de música y a la sobrecarga escolar que supone se produce un elevadísimo índice de abandonos, que, sumado al carácter restrictivo de estos estudios, es la causa de que sean poquísimos, menos de un uno por ciento de los ya pocos que consiguen empezar, quienes consiguen titularse. Además, estos estudios tienden a prolongarse constantemente debido a la dedicación parcial que merecen como actividad secundaria, que, sin embargo, quiere ser competitiva, y debido también a su ineficacia y a los muchos y habituales repetidores que pueblan los conservatorios.

La enseñanza musical se convierte de este modo en una carrera supuestamente profesional, pero que ni es elemental ni es superior. Como falta una verdadera educación musical elemental, que no es solfística ni instrumental, las exigencias que se establecen se convierten en un abstracto y oscuro galimatías que pocos niños aguantan. Y es que se confunde la música con la escritura musical. Saber música consiste fundamentalmente en adquirir una experiencia musical. La escritura musical requiere un alto grado de análisis y

abstracción, hasta cierto punto ajeno a los niños pequeños, y que, en cualquier caso, requiere una experiencia previa. El solfeo no es la esencia de la educación musical. Es mucho más importante adquirir unos buenos hábitos musicales y un criterio estético riguroso, lo cual tampoco es fácil, pero sí mucho más grato, que más tarde puedan encontrar de forma natural y espontánea una buena herramienta en el solfeo. Pero, insisto, si el solfeo no está precedido de una experiencia musical, se convierte automáticamente en un jeroglífico que aburre incluso a un muerto. El solfeo fracasa necesariamente como forma de acceso a la música y esta frustración ha dado como resultado su dilatación. Tiende a aumentar su número de cursos en un vano afán de conseguir lo imposible. El problema que hemos creado con nuestro solfeo no tiene parangón en el mundo entero. Se ha hecho un muy mal uso de él, por la inexistencia de una formación musical básica, a la que pretende sustituir.

La música es una carrera especial, porque hay que empezar a los ocho años, dicen. Esta es una de las confusiones más dañinas. Cualquier otra materia (lengua, matemáticas, dibujo) se empieza a estudiar mucho antes. La alfabetización de adultos es difícil, ya se sabe, pero no imposible, desde luego, y lo mismo ocurre con la música. Parece ser que es la formación instrumental la que justifica la especificidad de la enseñanza musical. Se entiende que para llegar a ser un músico aceptable hay que empezar a estudiar un instrumento a temprana edad y en clases particulares. Sin embargo, los instrumentos de viento no se pueden empezar a estudiar hasta que no se tiene el aparato respiratorio bien desarrollado, y los de la cuerda grave hasta que no se tiene la estatura necesaria para poder cogerlos. De modo que este problema mítico queda reducido al violín y al piano. Dejando a un lado el violín, que es bastante duro de estudiar, el piano es, pues, el instrumento por antonomasia, es decir, la herramienta de trabajo de los músicos. Ciertamente, si se quiere ser un virtuoso de primera categoría hay que empezar pronto y hay que tener una capacidad musical y una resistencia física y mental sobrenatural. Pero no se pueden exigir estas condiciones a todos los que quieran ser músicos, porque entonces nos quedaremos sin ninguno, como ya está ocurriendo. Sí hay que exigir una formación musical básica, igual para todo ciudadano. Es un gran error mantener un sistema educativo pensado para genios, entre otras cosas porque los genios, y yo conozco alguno, son salvajemente autosuficientes. Lo que hacen falta son músicos profesionales. Para formarlos, la carrera de música debería desarrollarse por idénticos cauces a los de otra carrera cualquiera. Si dejamos los genios a un lado, y no creo que les importe, la música es como cualquier otra carrera, y debería integrarse en el sistema educativo, en todos sus niveles.

En resumen, ante el problema de la educación musical hay dos actitudes claramente opuestas. La de quienes defienden su especificidad apelando a los mitos románticos, y que, por tanto, proponen su exclusión del sistema educativo, o la de quienes luchan por su integración como una disciplina más. Nuestros gobernantes, avalados por expertos fieles a la más rancia y polvorienta tradición, defienden para desgracia nuestra la especificidad de la enseñanza musical. Para ellos es lo más cómodo y sencillo.